



**Misa votiva del Espíritu Santo**  
**21 de octubre de 2024**

**HOMILÍA**  
**S.E. Cardenal Mario Grech**  
**Secretario General del Sínodo**

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos llegado al tramo final del camino de nuestra Asamblea sinodal, que recoge los frutos de un largo recorrido iniciado en octubre de 2021. Justo ahora, el pasaje del Evangelio nos indica cómo “recoger”, y Jesús nos invita a estar atentos a toda avaricia, que puede referirse no solo a los bienes materiales, sino también al bien y la belleza que Jesús nos está confiando en este Sínodo.

La parábola de Jesús surge de una pregunta que se le plantea. Alguien le pide que actúe como juez—una función que podían desempeñar los rabinos en la época de Jesús—entre él y su hermano para “dividir” la herencia. Pero Jesús no responde afirmativamente a la petición. Esto puede parecernos extraño. ¿No es justo dividir la herencia entre los hermanos? ¿No es correcto que cada uno tome su parte y siga su propio camino? Para nosotros puede parecer normal, pero para Jesús no. Para Él, lo ideal no es que la herencia se divida, sino que se mantenga intacta mediante una gestión compartida. Jesús rechaza dividir y, en cambio, nos invita a buscar la comunión, ya que identifica en la avaricia y el afán de posesión la raíz de la división. Jesús rechaza toda lógica de división y nos llama a la comunión entre hermanos. Por eso cuenta la parábola, para que cada uno se dé cuenta de la “necedad” que se oculta tras el deseo de acumular en los graneros. La parábola nos muestra cómo debemos disponernos en estos días para recoger los frutos de nuestro camino sinodal y de nuestra asamblea sin dividimos, sino buscando la comunión.

Sigamos la parábola: «La tierra de un hombre rico había producido una buena cosecha». La parábola comienza con un dato positivo: hay una cosecha abundante de la que alegrarse. Nosotros también, en estos tres años y en las dos sesiones de la Asamblea sinodal, podemos decir que hemos descubierto “frutos abundantes”. Nos hemos alegrado de los signos de vitalidad en cada fase del camino sinodal, comenzando por la escucha, que caracterizó de manera especial la primera fase y que involucró a todas nuestras comunidades. Nuestro camino ha sido rico en frutos: nos ha ayudado a ver los dones que hoy florecen en el pueblo de Dios, sin esconder nuestras fragilidades y heridas. Pero como discípulos del Resucitado, hemos reconocido que precisamente en nuestra debilidad se manifiesta la fuerza de Dios (cf. 2Cor 12,9).

Ante esta cosecha abundante, el dueño del campo se pregunta: «¿Qué haré, pues no tengo dónde guardar mis cosechas?». El dueño se pregunta cómo gestionar los frutos de sus campos y se da cuenta de que no tiene depósitos adecuados ni lo suficientemente grandes. Se enfrenta a una situación nueva; descubre que tiene una riqueza que no había previsto y le parece que no tiene los medios para acumularla y guardarla de manera segura. Nosotros, ante los abundantes frutos del camino sinodal, podríamos plantearnos la misma pregunta: ¿qué hacer ahora? ¿Qué hacer con los abundantes frutos que hemos recogido en estos años? Quizás, como el hombre de la parábola, nos demos cuenta de que no tenemos los medios adecuados para custodiar los dones que hemos descubierto. O quizás, como el hombre de la parábola, veamos esto como la meta alcanzada: ya no hay más que hacer, solo queda disfrutar de los frutos recibidos.

De hecho, él piensa para sí: «Demoleré mis graneros y construiré otros más grandes, y allí almacenaré todo mi grano y mis bienes». Es la solución de alguien que se siente satisfecho. Su solución es:



construir graneros más grandes. No solo usa una solución antigua ya conocida—tenía graneros pequeños, y construye unos más grandes—sino que razona como alguien que se siente satisfecho. Solo hay que construir un granero más grande. Es alguien que quiere vivir de rentas. No piensa que, quizás, para aprovechar al máximo los bienes que tiene, debería seguir trabajando, explorando nuevas soluciones, viendo cómo evoluciona el campo. Para el hombre de la parábola, los frutos recogidos son el punto de llegada. Tiene parte de razón, pero no del todo. También son el punto de partida. El hombre muere cuando siente que ha llegado y se siente satisfecho.

Él se dice a sí mismo: «Alma mía, tienes muchos bienes acumulados para muchos años; descansa, come, bebe y diviértete». No piensa en invertir, en ampliar su mirada, en hacer que sus bienes den más fruto, sino simplemente en vivir de rentas. Se complace en su completitud. Nosotros también podríamos correr el riesgo de actuar como este hombre, de acumular lo que hemos recogido, los dones de Dios que hemos descubierto, sin reinvertirlos, sin vivirlos como dones recibidos que ahora debemos redonar a la Iglesia y al mundo, de sentirnos como si hubiésemos llegado al final.

Nosotros también podríamos contentarnos sin buscar nuevos caminos para que nuestra cosecha se multiplique aún más; nosotros también podríamos correr el riesgo de quedarnos encerrados en nuestros límites conocidos sin continuar ampliando el espacio de nuestra tienda, como nos invita a hacer el profeta Isaías: «Alarga el espacio de tu tienda, extiende las cortinas de tu morada, sin ahorrar, alarga las cuerdas, refuerza las estacas» (Is 54,2). También podríamos correr el riesgo de vivir de rentas. Pero la comprensión de las verdades y las decisiones pastorales avanzan, se consolidan con los años, se desarrollan con el tiempo, se profundizan con la edad.

¿Cómo evitar el error del hombre de la parábola, para no intentar vivir de rentas? Queridos hermanos y hermanas, para lograrlo, hay algo que evitar y un camino que seguir. En primer lugar, debemos escuchar las palabras de Jesús: «Cuidado, absténganse de toda avaricia, porque la vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes». Al cerrar los trabajos de nuestra Asamblea y al mirar hacia el camino que tenemos por delante, debemos evitar la avaricia, el deseo de guardar todo para nosotros, de poseer, de acumular, de definir, de cerrar. Debemos vencer la tentación de creer que los frutos que hemos recogido son obra nuestra y nuestra propiedad: debemos recibirlo todo como un don de Dios.

¿Y cuál es el camino a seguir? Estamos celebrando la Misa votiva del Espíritu Santo. El camino a seguir es el del Espíritu de Dios. Solo el Espíritu Santo nos permite permanecer abiertos a la novedad de Dios. Ya el Santo Padre nos lo recordó al inicio del camino sinodal: «El Sínodo no es un parlamento [...] el Sínodo no es una encuesta de opiniones; el Sínodo es un momento eclesial, y el protagonista del Sínodo es el Espíritu Santo. Si no está el Espíritu, no habrá Sínodo» (Discurso, 9 de octubre de 2021). El hombre de la parábola solo se escucha a sí mismo, habla consigo mismo. Nosotros, en cambio—individualmente y en comunidad, como en una continua Pentecostés—debemos “dialogar” con el Espíritu Santo, dejarnos iluminar por él, esperando ese “desbordamiento” que es señal de su intervención. Si solo nos escuchamos a nosotros mismos, si nos cerramos sobre nosotros mismos, viviremos de rentas, sin esperanza. Poco a poco, lo que hemos recogido comenzará a desaparecer sin ser reemplazado por las novedades que el Señor seguirá enviándonos. Si, en cambio, escuchamos la voz del Espíritu, seremos capaces de identificar nuevos caminos y «como peregrinos de esperanza, continuaremos avanzando por el camino sinodal hacia aquellos que aún esperan el anuncio de la Buena Nueva de la salvación» (IL 112). Si escuchamos la voz del Espíritu, la conclusión de esta asamblea sinodal no será el fin de algo, sino un nuevo comienzo, para que «la Palabra de Dios se difunda y sea glorificada» (2Ts 3,1).



Queridos hermanos y hermanas, con María, a quien hemos confiado desde el inicio los trabajos de nuestra Asamblea, si sabemos escuchar la voz del Espíritu Santo y vivir en la libertad del Espíritu, podremos cantar al Señor el himno de alabanza que nos indica el profeta Isaías: «Este es nuestro Dios; en él hemos confiado para que nos salve. Este es el Señor en quien hemos confiado; alegrémonos, regocijémonos por su salvación» (Is 25,9; IL 112).